



Marie Luise Knott, *Desaprender. Caminos del pensamiento en Hannah Arendt*, trad. de Raúl Gabás, Herder Editorial, Barcelona, 2016. 192 páginas. ISBN: 9788425437533.

Marie Luise Knott nos presenta en este ensayo a una Hannah Arendt (1906-1975) que se las ingenia para pensar en un mundo que, después de la experiencia del nacionalsocialismo y roto el hilo de la tradición, las categorías de pensamiento vigentes y las representaciones del mundo y del hombre transmitidas no abarcan a comprender. “Todo lo bueno, bello y verdadero había sido degradado y profanado, había dejado paso al griterío maquinal del terror” (p. 12). Era necesario, nos dice Knott, un lenguaje propio para lo visto y oído, para lo acontecido y lo hecho. Sobre todo, ante las férreas imágenes lingüísticas impuestas por el nacionalsocialismo.

Al pensar sobre ello Arendt se encuentra con unos instrumentos de comprensión embotados, obtusos, que aprisionaban al hombre en su contenido, y que, sobre todo, se habían mostrado incapaces de hacer frente a la realidad del siglo veinte. De ahí, nos dice Knott, su desconfianza de fondo ante lo sabido y lo pensado (p. 14). En su intento por desarraigarse de lo conocido, y como reacción a lo meramente fáctico, Arendt esboza diferentes caminos del pensamiento. Knott identifica hasta cuatro acciones posibles de desaprendizaje: reír, traducir, perdonar y dramatizar. No formarían parte de un plan sino que serían cuatro caminos del pensamiento transitados por Arendt que reaccionan al trastorno y que además mantienen abierto el abismo surgido por el choque con lo fáctico (p. 15). Estas cuatro acciones de desaprendizaje o “expediciones del pensamiento” (p. 13), como también las denomina Knott, son tratadas en los cuatro capítulos que conforman este libro.

“Reír: cómo el espíritu de pronto toma otra dirección” (pp. 17 y ss.). La risa como reacción a los acontecimientos es manifiesta en los escritos de Arendt sobre el proceso contra Adolf Eichmann (1906-1962) en Jerusalén, que aparecieron como serie en la revista *The New Yorker* en el año 1961, y que poco después se compilaron en el libro *Eichmann en Jerusalén. La banalidad del mal*. Como recoge Knott, “el Eichmann con el que Hannah Arendt se encontró en el proceso no correspondía a ninguna de sus representaciones. Él la irritaba y ella se dejó irritar” (p. 23). Se encontró a un hombre, un jefe de las SS y organizador de *los trenes de la muerte*, que afirmaba no haber tenido nunca intenciones malas o asesinas, que “lamentaba” no haber podido terminar la tarea encomendada (la de matar once millones de judíos), pero que no los odiaba y que hasta había creído siempre en la “necesidad” de un Estado judío (p. 24). Un Eichmann que hasta “realizará el sueño de Herzl, congregará a los judíos ‘dispersos’ y les deparará una patria” (p. 24) había escrito Arendt en un tono irónico. Una risa e ironía que le valieron acusaciones de arrogancia y de falta de “amor al pueblo de Israel”, como le achaca su amigo Gershom Scholem (1897-1982)¹. Tras la publicación del libro también fue

¹ Hannah Arendt, “Eichmann en Jerusalén: intercambio epistolar entre Gershom Scholem y Hannah Arendt” (1964), en *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*, Paidós, Barcelona, 2005, pp. 137-150.

acusada por los círculos judíos de trivializar los crímenes nazis. El descubrimiento de que detrás de las acciones monstruosas llevadas a cabo por Eichmann había en verdad un hombre normal, que estaba allí, sentado en una vitrina y diciendo absurdidades, haciendo uso de clichés y giros usuales, causó una gran impresión en Arendt quien sin embargo en su relato lo hizo aparecer como “bufón” (p. 18). Sus declaraciones, tan faltas de sentido, tan incomprensibles, le provocaban risa. Una risa que le sirvió a Arendt, nos dice Knott, contra la indignación paralizante, contra la desfiguración de la verdad de hechos, a través de la risa “trataba de formular la vaciedad y el absurdo que se había encontrado en la persona de Eichmann” (p. 24). Knott encuentra en la risa de Arendt una reacción, un camino para poder soltar y volver a pensar con seriedad algo, un arranque del pensamiento; asimismo, en su escritura irónica encuentra una acción que es capaz de poner distancia a lo vivido y que permite poder reflexionar sobre ello (p. 25). En esta línea, Knott sugiere que su conocida idea de la “banalidad del mal” la aprende precisamente desaprendiendo.

“Traducir: el ‘singular rodeo’” (pp. 51 y ss.). En un texto de 1935 en honor a Martin Buber (1878-1965), Arendt escribe que, al principio de la emancipación, la traducción de la Biblia de Moses Mendelssohn (1729-1786) había sacado del gueto a la juventud judía, y que en 1920 Martin Buber y Franz Rosenzweig (1886-1929), con una nueva traducción, condujeron de nuevo a los judíos asimilados hacia su tradición. Para Arendt, y esto es lo que le sirve a Knott como punto de partida de su reflexión, ambas cosas se debieron al “singular rodeo de la traducción” (p. 51). Lo que hicieron Mendelssohn, Buber y Rosenzweig sería más que un simple transporte lingüístico, lo que parece que interesaba especialmente a Arendt y que Knott trata aquí de recuperar es que, “a través de su traducción, implantaron un espíritu extraño, de otro tiempo y de otro espacio cultural, en un nuevo lugar” (pp. 52-53). Y, sobre todo, se mostraba con ello la capacidad de las traducciones de actuar en callejones sin salida del espíritu y de la cultura. Algo nada desdeñable en el contexto como el que nos describe Knott: en un mundo que ya no podía entenderse con las representaciones existentes, con una Europa de la Ilustración, de la razón y de los derechos del hombre hecha trizas (p. 55). Este es el “mensaje” de terror, dice, que en su exilio Arendt se lleva consigo a Estados Unidos. Allí, ella misma se encuentra ante la necesidad de transportar sus pensamientos al nuevo ámbito lingüístico. Es aquí, donde Knott ve más claramente como las traducciones del alemán al inglés y del inglés al alemán con las que Arendt tuvo que lidiar constantemente pudieron provocar también en ella el movimiento del pensamiento. Al igual que Mendelssohn, Buber y Rosenzweig, apunta Knott, Arendt tenía una dimensión de arranque de tipo intelectual y otra de tipo lingüístico por su propia actividad traductora (p. 56). Las diferencias transatlánticas en su obra las trata Knott de forma más detallada en el apéndice del libro, en donde se observaría esa mezcla de instantaneidad inglesa y de disciplina filosófica alemana que se le atribuyó a la autora. La actividad de Arendt en dos lenguas pudo ciertamente ser agotadora, “que se vaya al diablo el doble idioma” (p. 76) sabemos que llegó a exclamar, pero Knott observa que en esos dos reinos lingüísticos su voz tiene resonancias diferentes (p. 75). Y no es nada extraño que así fuera teniendo en cuenta que para Arendt lengua y pensamiento no podían separarse. La cuestión aquí es que en la metamorfosis de la traducción logra dar entrada a una pluralidad de voces, con lo que traducir bien puede ser esa acción capaz de abrir caminos del pensamiento a la que trata de apuntar Knott. Un ejemplo también de como lo extranjero puede actuar como contrapeso.

“Olvidar el perdón: sobre la lucha desesperada por conseguir un concepto de la realidad” (pp. 85 y ss.). Donde seguramente más se pone en evidencia la lucha de Arendt por deshacerse de imágenes y conceptos es en su reflexión en torno a la idea del perdón, que se convierte con el tiempo en un puntal de su teoría política. Parece que Arendt se encuentra en otro callejón sin salida al pensarse esa idea por entero en la tradición del amor cristiano al prójimo (p. 89), principalmente después de que el nacionalsocialismo dejara sin efecto el esquema culpa-castigo-perdón, pues siquiera había medidas jurídicas para castigar tales acciones. En tal apuro intelectual, dice Knott, Arendt rechazará la comprensión tradicional para volver a pensar sobre el perdón. Se trataría en este caso de un trabajo en el fundamento teórico para, al estilo de los poetas, abrirlo al sentido y recuperar el vínculo con el mundo. Si tenemos en cuenta lo que ya antes nos indica Knott, que los conceptos crean el recinto para escribir y hablar, y que “de igual manera, el pensamiento conceptual garantiza el espacio, las cuatro paredes, para el juicio” (p. 72), el choque de un concepto como el perdón con lo meramente fáctico, con el mundo real, se nos aparece ciertamente como un ejercicio necesario. Así parece que lo vio Arendt, de quien Knott nos dice que vuelve a su origen bíblico para pensarlo de nuevo, para olvidarlo (olvidar su contenido) aprendiendo de nuevo. A través de tal “olvido creativo” (p. 125) conseguiría expulsar los prejuicios y todo sentido y significación caducos que impiden pensar. Al igual que el artista que debe vaciar el lienzo de su imaginación para encontrarse verdaderamente ante una hoja blanca, evitando que interfieran en su diseño las imágenes transmitidas. Este tipo de lucha es la que, según Knott, desarrolla Arendt para dejar atrás el perdón cristiano y convertirlo en un perdón como fundamento de lo político. Lo que está claro es que este movimiento del pensamiento no sería posible, y esto es algo que no se cansa de resaltar Knott, sin su disposición a “dejarse perturbar en la plenitud de lo real que se congestiona en las certezas establecidas” (p. 92).

“Dramatizar: el mundo como escenario” (pp. 127 y ss.). Knott explora en este último capítulo la dimensión de lo dramático en la teoría política de Arendt, que se advierte sobre todo en su metáfora del mundo como “escenario” (p. 128). Sobre todo, como el texto por medio de la dramatización puede también convertirse en escenario y contribuir a mantener espacios (a crear ese *entre*) desde los que aparecer y revelar la “singularidad personal” (p. 14). Al respecto, Knott dice lo siguiente:

El pensamiento y la escritura, lo mismo que el teatro, tienen la posibilidad de que, a través de citas, metáforas, ritmos y tropos, un saber lejano, pasado, y con ello amenazado por el olvido, comparezca en la preocupación en torno al hoy. Citas y fragmentos interrumpen la propia voz y el propio curso del pensamiento, pueblan el texto que surge en el aposento silencioso, fracturan el curso de pensamiento. Los fragmentos de experiencia extraña se transmiten en la cita y, como fragmentos desmontados de su contexto originario, siguen contando algo de lo que está escondido en el trasfondo del todo, que no puede perderse y, a la vez, a través de lo otro que irrumpe, aleja de sí claramente el ideal de la formación de la totalidad, o sea, la forma cerrada (p. 134).

Arendt estaría introduciendo de nuevo pluralidad de voces al llevar las citas al espacio de su texto, en cierto modo igual que como ya hiciera Walter Benjamin

(1892-1940), pero sin que desaparezca en este caso la voz de la autora en el montaje. Para Knott, otra forma más de revelar la “falsa paz” de las certezas simples (pp. 148-149) y de poner en tela de juicio el pensamiento de carril único. El texto, entendido como “espacio performativo” (p. 153), apunta, tiene una apertura que permite a otros comparecer en el espacio (también nuestras otras voces) y además permite al lector pensarse a sí mismo en el texto (p. 155). Dramatizar, entonces, como sugiere Knott, se presenta como una oportunidad para poner de nuevo en juego el pensamiento, para el comparecer de los hombres en el teatro del mundo, liberando así la historia de su necesidad (p. 156).

Las acciones de desaprendizaje y movimientos del pensamiento que pone al descubierto Marie Luise Knott en este libro son las que sirvieron en su momento a Arendt de arranque del pensamiento ante lo acontecido. En el fondo, planea una cuestión que sigue siendo acuciante hoy: ¿cómo hacer el pensamiento apto para la realidad? Knott esboza aquí los caminos del pensamiento de Hannah Arendt, pero sobre todo nos invita a no quitarnos de encima la realidad y también a reflexionar sobre la fuerza de las imágenes y los conceptos, para crear esos espacios o lugares desde los que sentirse acogido y enzarzarse en procesos esenciales de pensamiento (p. 16).

Con esta traducción la editorial Herder pone ahora a disposición del lector hispanohablante una obra fresca, original, con la que buscar sin prejuicios entre las herramientas de comprensión aquellas que mejor nos ayuden a pensar el presente. Un presente que para Arendt, y que delicadamente trae a colación Marie Luise Knott, debe ser pensado sin comprometerlo con el pasado o los miedos e inseguridades del futuro.

Helga Jorba
Universitat de Barcelona (España)
hgorba@gmail.com